

ALFAGUARA



La carta esférica

Arturo Pérez-Reverte

Índice

I. El lote 307	13
II. La vitrina de Trafalgar	51
III. El barco perdido	81
IV. Latitud y longitud	115
V. El meridiano cero	159
VI. Sobre caballeros y escuderos	197
VII. El doblón de Ahab	233
VIII. El punto de estima	263
IX. Mujeres de castillo de proa	303
X. La costa de los corsarios	337
XI. El mar de los Sargazos	373
XII. Sudoeste cuarta al sur	415
XIII. El maestro cartógrafo	455
XIV. El misterio de las langostas verdes	493
XV. Los iris del Diablo	527
XVI. El Cementerio de los Barcos Sin Nombre	557

Observemos la noche. Es casi perfecta, con la estrella Polar visible en su lugar exacto, cinco veces a la derecha de la línea formada por Merak y Dubhé. La Polar va a seguir en el mismo sitio durante los próximos veinte mil años; y cualquier navegante que la contemple sentirá consuelo al verla allá arriba, porque es bueno que algo siga inmutable en alguna parte mientras la gente precise trazar rumbos sobre una carta náutica o sobre el difuso paisaje de una vida. Si seguimos prestando atención a las estrellas, hallaremos Orión sin dificultad, y después Perseo y las Pléyades. Eso resulta fácil porque la noche es muy limpia y no hay nubes; ni siquiera un soplo de brisa. El viento del sudoeste cesó al ponerse el sol, y la dársena es un espejo negro que refleja las luces de las grúas del puerto, los castillos iluminados sobre las montañas, y los destellos —verde a la izquierda y rojo a la derecha— de los faros de San Pedro y Navidad.

Acerquémonos ahora al hombre. Está inmóvil, apoyado en el coronamiento de la muralla. Mira el cielo, que se anuncia más oscuro hacia el este, y piensa que mañana soplará de nuevo el levante, trayendo marejada allá afuera. También parece sonreír de un modo extraño; si alguien pudiera ver su rostro iluminado desde abajo por el resplandor del puerto, concluiría que existen sonrisas mejores que ésa: más esperanzadas y menos amargas. Pe-

ro nosotros conocemos la causa. Sabemos que durante las últimas semanas, mar adentro y a pocas millas de aquí, el viento y la marejada han sido decisivos en la vida de ese hombre. Aunque ya no tengan ninguna importancia.

No lo perdamos de vista, pues vamos a contar su historia. Al mirar con él hacia el puerto, advertiremos las luces de un barco que se aleja despacio del muelle. El rumor de sus máquinas nos llega amortiguado por la distancia y por los sonidos de la ciudad, con la trepidación de las hélices que baten el agua negra mientras los tripulantes meten a bordo los últimos metros de amarras. Y cuando observa ese barco desde la muralla, el hombre siente dos clases distintas de dolor: uno es en la boca del estómago, hecho de la misma tristeza que viene a sus labios con la mueca que parece —pronto comprenderemos que sólo parece— una sonrisa. Pero hay otro dolor más preciso y agudo que va y viene sobre el costado derecho; allí donde una humedad fría le pega la camisa al cuerpo, y la sangre gotea hasta la cadera y empapa por dentro el pantalón, a cada latido del corazón y a cada estremecimiento de las venas.

Por suerte, piensa el hombre, esta noche mi corazón late muy despacio.

I. El lote 307

He navegado por océanos y bibliotecas.
Herman Melville. *Moby Dick*

Podríamos llamarlo Ismael, pero en realidad se llamaba Coy. Lo encontré en el penúltimo acto de esta historia, cuando estaba a punto de convertirse en otro naufrago de los que flotan sobre un ataúd mientras el ballenero *Raquel* busca hijos perdidos. Para entonces llevaba ya algún tiempo a la deriva, incluida la tarde en que acudió a la casa de subastas Claymore, en Barcelona, con la intención de pasar el rato. Tenía muy poco dinero en el bolsillo, y en el cuarto de una pensión próxima a las Ramblas, unos cuantos libros, un sextante y un título de primer piloto que la dirección general de la Marina Mercante había suspendido por dos años hacía cuatro meses, después que el *Isla Negra*, un portacontenedores de cuarenta mil toneladas, embarrancase en el océano Índico, a las 4.20 de la madrugada y durante su cuarto de guardia.

A Coy le gustaban las subastas de objetos navales, aunque por esa época no pudiera permitirse pujar. Pero Claymore, situada en un primer piso de la calle Consell de Cent, contaba con aire acondicionado, servían una copa al terminar, y la chica encargada de la recepción tenía piernas largas y bonita sonrisa. En cuanto a los objetos de la subasta, le gustaba mirarlos e imaginar los naufragios que habían ido llevándolos de aquí para allá hasta varar en la última playa. Durante toda la sesión, sentado con las manos en los bolsillos de su chaqueta de paño

azul oscuro, permanecía atento a quiénes se llevaban sus favoritos. A menudo el pasatiempo resultaba decepcionante: una magnífica escafandra de buzo, cuyo cobre abollado y lleno de cicatrices gloriosas hacía pensar en naufragios y bancos de esponjas y películas de Negulesco, con calamares gigantes y con Sofía Loren saliendo del agua moldeada bajo la blusa húmeda, fue adquirida por un anticuario a quien ni siquiera tembló el pulso al levantar el cartón con su número. Y un compás de marcaciones Browne & Son, antiguo, en buen uso y dentro de su caja original, por el que Coy habría dado el alma en sus tiempos de estudiante de náutica, resultó adjudicado, sin remontar el precio de salida, a un individuo con aspecto de ignorar todo sobre el mar, salvo el hecho de que, colocada en un escaparate de cualquier marina deportiva de lujo, aquella pieza sería vendida por diez veces su valor.

El caso es que esa tarde el subastador remató el lote 306 —un cronómetro Ulysse Nardin de la Regia Marina italiana, al precio de salida— y consultó sus notas ajustándose los lentes con el índice. Era un tipo de modales suaves, corbata un poco atrevida y camisa color salmón. Entre puja y puja daba sorbitos a un vaso de agua que tenía cerca.

—Siguiente lote: *Atlas Marítimo de las Costas de España*, de Urrutia Salcedo. Número trescientos siete.

Había acompañado el anuncio con una sonrisa discreta que, Coy lo sabía a fuerza de observarlo, reservaba para las piezas cuya importancia pretendía destacar. Joya cartográfica del XVIII, añadió tras la pausa adecuada, recalcando lo de joya como si le doliera desprenderse de ella. Su ayudante, un joven vestido con guardapolvo azul, alzó un poco el volumen en gran folio, para que lo

viesen desde la sala, y Coy lo miró con un apunte de melancolía: según el catálogo de Claymore no era fácil encontrarlo a la venta, pues la mayor parte de los ejemplares se hallaban en bibliotecas y museos. Aquél seguía en perfectas condiciones; y lo más probable era que nunca hubiera estado a bordo de un barco, donde la humedad, las marcas de lápiz y el trabajo sobre sus cartas de navegación dejaban huellas irreparables.

El subastador abrió ya la puja, con una cantidad que habría bastado a Coy para vivir medio año con razonable holgura. Un hombre ancho de espaldas, frente despejada y pelo muy largo y gris recogido en una coleta, que estaba sentado en la primera fila y cuyo teléfono móvil había sonado tres veces para irritación de la sala, mostró un cartoncito con el número 11; y otras manos se alzaron mientras la atención del subastador, que tenía el pequeño martillo de madera en alto, iba de uno a otro y su voz educada repetía cada oferta, sugiriendo la siguiente con monotonía profesional. El precio de salida estaba a punto de doblarse, y los aspirantes al lote 307 iban quedándose por el camino. Mantenían la liza el individuo corpulento de la coleta gris, otro flaco y barbudo, una mujer de la que no podía ver más que un cabello rubio en media melena y la mano que alzaba su cartulina, y un hombre calvo muy bien vestido. Cuando la mujer dobló el precio inicial, el de la coleta gris se volvió a medias, mirando en su dirección con gesto irritado, y Coy pudo ver unos ojos verdosos y un perfil agresivo, nariz grande y aire arrogante. La mano que alzaba la cartulina llevaba varios anillos de oro. No parecía acostumbrado a que le disputasen piezas de subasta, y con ademán brusco terminó volviéndose a su derecha, donde una joven morena muy ma-

quillada, que atendía en susurros el teléfono cada vez que sonaba, sufrió las consecuencias de su mal humor cuando se puso a reconvenirla ásperamente, en voz baja.

—¿Alguien supera la oferta?

El de la coleta gris alzó la mano y la mujer rubia contraatacó alzando su cartulina, que era la número 74. Aquello daba tensión a la sala. El flaco barbudo prefería retirarse de la puja, y tras dos nuevos remotes el hombre calvo y bien vestido empezó a titubear. El de la coleta subió la oferta, haciendo fruncir ceños a su alrededor cuando el teléfono se puso a sonar de nuevo y lo tomó de manos de la secretaria, encajado entre un hombro y la oreja, la otra mano alzándose a tiempo para responder al envite que la mujer rubia acababa de hacer. A tales alturas de la puja, la sala entera se veía de parte de la rubia, deseando que al de la coleta se le acabasen los fondos o las baterías del teléfono. El Urrutia había triplicado el precio de salida, y Coy cambió una mirada divertida con su vecino de silla, un hombrecillo moreno de espeso bigote oscuro y pelo muy peinado hacia atrás con fijador. El otro le devolvió la mirada con una sonrisa cortés, cruzadas plácidamente las manos sobre el regazo y girando los pulgares uno sobre otro. Era menudo y pulcro, casi coqueto, con pajarita de pintas rojas y chaqueta híbrida entre príncipe de Gales y tartán escocés que le daba el aire estrafalaria-mente británico de un turco vestido en Burberrys. Tenía los ojos melancólicos, simpáticos, un poco saltones; como las ranitas de los cuentos.

—¿Desean mejorar la oferta?

El subastador mantenía el martillo en alto, y su mirada inquisitiva apuntaba al individuo de la coleta, que había devuelto el móvil a la secretaria y lo miraba contra-